

Los Espías de Dios

A. Anthony Bough

LONDRES. (Especial para "El Universal").— Al cumplir sus lozanos setenta y cuatro años, The Human Factor, que seguramente no sorprenderá demasiado a sus fieles lectores, porque ella combina, como en sus mejores obras anteriores, el entretenimiento seguro de un "thriller", el suspenso de una historia de espías internacionales y los desgarramientos de una conciencia cristiana, y aun debiera decirse católico-romana, a consecuencia de la división del mundo actual entre bandos enfrentados.

Otra vez volvemos al Africa, como en The Heart of the Matter, salvo que ahora al Africa del Sur transformada en centro de asperas conspiraciones entre occidentales y soviéticos, y como el Scobie de aquella novela, el protagonista de The Human Factor, Maurice Castle, se encuentra en el cruce de todas las tendencias políticas del momento: el racismo despiadado de los blancos, el esfuerzo salvaje de lucha de los negros, los intereses de la superpotencias que especulan con la situación, la opacidad de los sacerdotes que no encuentran un camino en la jungla para transmitir su mensaje evangélico.

En una primera lectura, la novela propone una historia de espías, con la traición de un agente del Intelligence Service que concluye poniéndose al servicio de Moscú, hipnotizado por la fe de carboneros que revelan los negros que luchan por su libertad, para concluir en el desconcierto y el fracaso. En esta primera línea la novela evoca algunos famosos casos, como el del físico británico Alan Nunn May que después de trasladar secretos a la Unión Soviética durante la guerra mundial, concluyó como profesor en Africa, atacado por sus mismos aliados soviéticos. En esta primera lectura, "el factor humano" a que alude el título es el de la confusión, la falta de convicción acerca de los principios políticos que rigen a su patria y el ejercicio de la compasión respecto a los desheredados de la tierra. También está representado por la gratitud, pues Castle agradece que su propia esposa haya sido salvada por su agente contrario. En este plano la novela es por momentos increíble; las líneas argumentales son notoriamente artificiosas; las situaciones respiran una irrealidad que puede exasperar al lector. Este no podrá comprender como los responsables del Intelligence Service envían a una misión peligrosa en Africa a un hombre vinculado afectivamente con una familia negra.

Pero en una segunda lectura, la novela, que externamente se presenta como política "es, de hecho, —como ha dicho un crítico—, metafísica. Trata del bien y del mal, del amor y del odio, de la búsqueda de Dios, de la imitación de Cristo". Aunque es probable que esta confusión de planos desconcierte e inquiete a más de un lector, no ocurrirá eso con quienes están habituados a esta "religión desesperada" que caracteriza la obra de este gran consero que es Greene. Porque si desde sus orígenes fue tentado por las estratagemas políticas, contrastadas, violentas de la novela popular moderna, al tiempo procura adaptarlas a un asunto eterno, el de la conciencia del hombre a la búsqueda de la gracia divina, o mejor aun, el de la conciencia humana como escenario donde actúa Dios para elegir a sus criaturas.

En su reciente autobiografía, A Sort of Life, confesó que empezó a escribir su primera novela, The Confidential Agent, "con una cierta y vaga ambición de crear algo fuera de lo legendario, como una especie de "thriller" contemporáneo", pero desde la novela en que historió el destino de un sacerdote a través de la revolución mexicana, The Power and the Glory, su tema central fue la conciencia de un acendrado católico puesta ante las disyuntivas políticas contemporáneas, con la cuales entra en un intrínseco conflicto pues son de naturaleza no solo disímil sino opuesta. Una conciencia de creyente no es para Greene una apacible manera de decir el



Graham Greene

bien y hacer buenas acciones, sino una verdadera conflagración nacida del amor de Dios. Castle, en esta novela, reflexiona que "Un hombre de amor va a través del mundo como un anarquista, transportando una bomba de tiempo" porque, efectivamente, la posesión de ese estado que define la palabra del Evangelio, "caritas", es un escándalo que subvierte todos los valores.

En una sociedad donde el catolicismo ha sido devorado por la moral o, más recientemente, por la lucha social en favor de los menesterosos, Greene representa un retorno a las fuentes, a la lectura directa del Evangelio, a la convocatoria a vivir el mayor riesgo que formula Cristo a sus discípulos. No es la paz, sino la guerra; no es la conformidad sino el riesgo; no es la seguridad sino el desasosiego; no es la felicidad sino el martirologio. La vivencia cristiana de Greene evoca siempre las épocas ardidas de la religión, porque el problema primero que en sus obras se plantea toda conciencia católica es la necesidad del esfuerzo sobrehumano para alcanzar la calidad de santo.

Que en The Human Factor ese camino hacia la santidad coincida con la traición a la patria, significa instaurar el escándalo religioso en el medio de todos los valores aceptados por la sociedad. Pero más aún lo produce su visión del comunista, su manera de emparentarlo con el católico. Hablando del agente Carson, llega a decir que su situación es de la misma índole histórica que la del católico: "El ha sobrevivido a Stalin como los católicos romanos sobrevivieron a los Borgias. El me ha permitido pensar mejor acerca del partido". Y en la larga conversación que sostiene desde Moscú con su esposa que está en Londres, concluyendo la novela, vuelve a establecer una comparación similar: "Yo no tengo ninguna confianza en Marx o en Lenin, como no la tengo en San Pablo, pero ¿eso impediría mi derecho a la gratitud?". Como respondera su esposa, ese afán de gratitud, de amor cristiano, de dar más de lo que se recibe, lo llevará "demasiado lejos", hasta Moscú. De tal modo que la traición queda inserta como un mero accidente en el camino de la práctica profunda de la fe. Matera como para levantar una polémica particularmente estrepitosa, si no fuera que el tema no es nuevo en la narrativa de Greene, lo ha examinado en los diferentes puntos de la batalla ideológica del mundo, tanto en Vietnam, como en el Congo, en Cuba, en México, presentándolo siempre como una paradoja que revienta todos los esquemas.

Bajo un encadenamiento humano y siempre entretenido de episodios de novela de espionaje, es el escándalo del amor delinido por Cristo lo que una y otra vez ofrece, mostrándonos indirectamente hasta que punto la sociedad moderna está edificada en sus anápodas. Ese escándalo que irrumpe en sus novelas, no evidencia la situación absurda de una doctrina determinativa o una política, sino el error consistencial sobre el cual estaría edificada, para Greene, la totalidad de la sociedad universal presente. Desde el año 40 lo viene diciendo y ahora, en su ancianidad, no se arredra al repetirlo, aun a riesgo de poner en peligro con subterfugos muy artificiosos la estructura misma de la creación artística narrativa.

INVITACION